

LA MISIÓN DE MR. PICKETT

José FUENTES MARES

MIENTRAS LOS ESTADOS DEL SUR adoptaban definidas medidas bélicas, en Washington la administración del presidente Buchanan boqueaba, y moría por fin de muerte natural. Si un presidente, en todas partes, no pasa de ser figura decorativa durante los meses últimos de su gestión, puede juzgarse cuál sería la situación de Buchanan en aquellos días previos al 4 de marzo de 1861, en que hizo entrega del poder. Esclavista y sudista por convicción, Buchanan había carecido de fuerza para ganar la simpatía franca del sur, en tanto que los republicanos, como era de esperarse, le hacían objeto de nada piadosos comentarios. Los representantes del Norte en el Congreso, hacia diciembre de 1860, pensaban que si los acontecimientos se desencadenaban finalmente en la forma esperada, se justificaría la necesidad de colgarlo,¹ en tanto que los prohombres del Sur desconfiaban de él, y en aquellos días se veía a sus agentes rondar por las inmediaciones de su casa, a modo de que no pudiera olvidar que le tenían en su poder.² Pero los temores surianos eran infundados. Hubbard, un amigo de Lincoln, tenía razón cuando suponía que el presidente se encontraba absolutamente de acuerdo con el Sur en punto al problema secesional. "Se me ha dicho por personas de gran distinción, y por alguien que ha regresado recientemente de Washington —escribió Hubbard a Lincoln— que Mr. Buchanan se ha comprometido no sólo a no oponerse a la secesión de cualquier Estado suriano, sino a prestarle su apoyo inclusive. Este es un hecho indiscutible a los ojos de los Estados algodoneros, y de aquí su prisa por consumir la secesión inmediatamente."³

Al finalizar 1860, la situación de Buchanan resultaba desesperada. Sin prestigio ni poder en lo político, con un "black republican" en calidad de sucesor, y sobre todo, encima, con el problema de la secesión de Carolina del Sur. El día último del año hizo de tripas corazón y se dirigió al

Congreso, para leer su cuarto y último mensaje anual. No se resolvió a defender abiertamente al Estado rebelde, pero tampoco se atrevió a proponer medidas en su contra. En plena acrobacia constitucional, inclinado a la causa que compartía su corazón, aseguró que ningún Estado tenía el derecho de separarse de la Unión, pero al mismo tiempo agregó que el Gobierno federal carecía de facultades legales para mantener a un Estado dentro de la Unión.⁴ Gracioso galimatías que Mr. Seward glosó poco después, agudamente, al escribir: "Es deber del presidente ejecutar las leyes, a menos de que alguien se oponga. Y es claro que ningún Estado tiene el derecho de separarse de la Unión, a menos de que así lo decida."⁵

Bajo la tormenta que se cernía sobre la capital federal y el país entero, Buchanan entregó el poder y se fue a su casa, a escribir la defensa de su administración. Entonces pronunció Lincoln su discurso inaugural, en el plano del gran lógico y gran orador que era. Su palabra quiso ser aceite sobre las aguas broncas, y quedó en voz de solitario. Quiso ser un gran político cuando la política se encontraba atropellada por la fuerza, e hizo un llamado a la concordia cuando el odio cerraba el horizonte y la discordia corría por el viento. Hizo cuanto pudo, cuanto sabía que era inútil hacer. Finalmente, dejó la responsabilidad de la paz bajo la cuenta exclusiva de los hombres del Sur. Todas las guerras de la historia han pendido de un hilo, que alguien ha cortado bajo su responsabilidad. Si allí la guerra pendía también de un hilo, los hombres del Sur tendrían que cortarlo. Y lo cortaron. El hilo se llamaba Eort Sumter, en la Bahía de Charleston.

En el mes de diciembre anterior, Buchanan había llegado a un acuerdo con los representantes de Carolina del Sur en el Congreso, acuerdo absurdo, producto a la vez de su conflicto personal ideológico, y de la prisa que tenía por salir de sus responsabilidades. El convenio se reducía, en suma, a la promesa de no avituallar los fuertes de la Bahía de Charleston en tanto que las fuerzas del Sur se abstuvieran de atacarlos. En otras palabras, que las guarniciones tendrían que rendirse o morir de hambre,⁶ sin quedarles otra alternativa. El convenio era tan idiota que el pobre de Buchanan, bajo la presión

nordista, tuvo que dar marcha atrás, y al mes siguiente mandó provisiones de boca al Fuerte Sumter, cuya entrega frustraron los soldados de Carolina del Sur. Aquí estaba ya el "casus belli", de bulto, pero Buchanan pasó por alto el atentado y se sometió una vez más: ya sólo le importaba que llegara el 4 de marzo para irse a su casa.

Lincoln, por supuesto, aunque en principio opuesto a la idea de la guerra, no podía transigir con una situación como esa. Buscó todavía una solución política, y el 8 de abril se dirigió al gobernador Pickens, de Carolina, advirtiéndole que proporcionaría provisiones de boca a la guarnición de Fort Sumter, pero que se abstendría de enviar refuerzos de hombres o materiales de guerra. La medida no podía ser más conciliadora, pero el Sur no estaba ya para tales refinamientos. En respuesta a la nota de Lincoln, el gobierno de Montgomery dio instrucciones al general Beauregard para que al frente de siete mil soldados confederados, acantonados en Charleston, reclamara la rendición del Fuerte, que se consumó al siguiente día. El 15 de abril, Lincoln llamó a filas a 75,000 hombres, y proclamó el estado de guerra entre los Estados Unidos y los Estados Confederados de América.⁷ Rechazaba, por supuesto, el presunto derecho constitucional a la secesión. Si las leyes de la federación no se cumplían espontáneamente, él acudiría a la fuerza para hacerlas observar. Lincoln, el gran político, no había podido evitar la guerra, pero lograba por lo menos el otro de sus fines: con su ataque sobre Fort Sumter, el Sur cargaba con la responsabilidad moral de la gran contienda.

EN EL MOMENTO DE ESTALLAR LA GUERRA, el Norte y el Sur eran ya en realidad dos países perfectamente diferenciados. Desde el punto de vista territorial ocupaban áreas semejantes, pero el índice demográfico, en cambio, nada bueno auguraba a la causa del Sur, con sus nueve millones de habitantes —casi cuatro de los cuales eran negros—, frente a veintidós millones de nortños. El Sur tenía sus ventajas, por supuesto, pero todas insuficientes: una mejor agricultura, un espíritu bélico más vivo, y sobre todo, esta sí mayúscula, la de poder hacer la guerra defensiva.⁸ El Norte, para vencer, tenía que

llevar sobre el Sur una verdadera guerra de conquista. El Sur, para vencer, no tenía que derrotar y conquistar al Norte. Tenía sólo que conservar más o menos sus posiciones, hasta convencer al enemigo de que la única salida honorable sería la del reconocimiento de la secesión.

Posiblemente fueron las tres ventajas que envalentonaron a los estadistas surianos. Pasaron por alto el creciente poderío industrial del Norte. Pasaron por alto que el Norte podía fabricar sus propios pertrechos militares, en tanto que ellos tendrían que adquirirlos en el extranjero. Olvidaron que de su enorme cosecha de algodón industrializaban menos que un tres por ciento, lo que significaba que la industria textil del Sur, en su conjunto, beneficiaba la materia prima en cuotas inferiores a las de una sola ciudad del Norte, la de Lowell, Massachusetts, por ejemplo.⁹ No prestaron atención al hecho de que una sola ciudad del Norte —Nueva York— se acercaba entonces al millón de habitantes, y que la Unión producía hierro, textiles, calzado, implementos de labranza, y empa-caba productos alimenticios, y construía naves comerciales y de guerra. Que el Norte contaba con las tres cuartas partes del kilometraje total de líneas férreas construidas en el país hasta 1860, y que el índice de analfabetismo suriano —hasta un 15 % de la población—, contratava con el medio por ciento de regiones como Massachusetts. Pero sobre todo la gran disparidad industrial. Al principiar la guerra, sólo el Estado de Nueva York producía el doble, en valor de productos manufacturados —y Pennsylvania casi el doble— que el total de los Estados Confederados. El Norte producía, sobre el Sur, en la relación de doce a uno.¹⁰

En la primavera de 1861, la sola sospecha de estas cifras disipaba la duda acerca de quienes tendrían que vencer, pero entonces las pasiones velaban su significación. Nadie dudaba de la victoria en el Norte. Nadie dudaba de la victoria en el Sur. Sólo que el primer gran encuentro distó de confirmar las previsiones de los datos estadísticos. Bajo la presión de la opinión pública, y sin la suficiente instrucción militar, treinta mil hombres del Norte, al mando del general McDowell, cruzaron el Potomac en su marcha sobre Richmond, la nueva

capital confederada. A treinta y cinco millas al sur-oeste de Washington, en un punto llamado Manassas Junction, el general Beauregard, el vencedor de Fort Sumter, acantonaba veintidós mil hombres. Muy cerca, en el valle Shenandoah, el general confederado Johnston tenía bajo sus órdenes nueve mil más. Un choque entre fuerzas iguales numéricamente. Las armas también iguales. La decisión correría, entera, por cuenta del mejor espíritu bélico y de la mejor organización.

El 21 de julio se consumó el gran encuentro, sobre el riachuelo llamado Bull Run. Primero se peleó bien y tenazmente por ambas partes, pero cuando inesperadamente irrumpieron en el campo los nueve mil hombres de Johnston, los reclutas del Norte se entregaron a la fuga. Vergonzosamente abandonaron armas y material de guerra, y corrieron en busca del refugio del Potomac. Jefferson Davis, personalmente, estuvo presente en la última fase de la batalla. El Secretario de Estado confederado informaba ese día de quince mil bajas nordistas, entre muertos y heridos. También informó que toda la artillería, provisiones de boca y municiones del ejército de McDowell se encontraban en manos confederadas, más una bandera de los Estados Unidos.¹¹

La capital de los Estados Unidos, aterrorizada, contempló durante dos días el regreso de los fugitivos, y el Gobierno llegó incluso a pensar en abandonar la ciudad. Pero los vencedores no supieron capitalizar la victoria, y Washington se salvó. Engolosinados, se dedicaron a escribir el nombre de Bull Run en la historia. Nada más. Como tantos otros vencedores, antes y después.

UNA NACIÓN NUEVA, nada inesperada, emergía de la Convención de Montgomery, un mes justo antes de que Abraham Lincoln, en Washington, ocupara la Presidencia de los Estados Unidos. El 9 de febrero, fue designado presidente del gobierno provisional de los Estados Confederados el famoso Jefferson Davis, y en su discurso inaugural, entre otras muchas cosas interesantes, dijo:

Hemos logrado nuestra actual situación política en forma que en la historia de las naciones carece de precedentes, proporcionando

un ejemplo vivo de la idea americana de que los gobiernos se fundan en el consentimiento de los gobernados, y que en el pueblo radica la potestad de modificarlos o suprimirlos a discreción, cuando esos gobiernos llegan a ser contrarios a los fines para los que se constituyeron... Los Estados soberanos, aquí representados, han procedido a formar esta Confederación, y es un abuso de lenguaje hablar de una revolución para señalar un acto de esta naturaleza. Ciertamente forman una nueva alianza, pero el gobierno se conserva dentro de cada Estado... Ha cambiado el intermediario mediante el cual mantenían relaciones con las naciones extranjeras, sin que por ello deban interrumpirse necesariamente dichas relaciones... Ansiosos de cultivar la paz y el comercio con todos los pueblos, podremos por lo menos, si no evitar la guerra, si confiar que la posteridad nos releve de la responsabilidad de habernos comprometido en ella innecesariamente.¹²

En Davis, como en Lincoln, se observa idéntica preocupación a liberarse de la responsabilidad que pudiera imputárseles, como causantes de la guerra, pero en el mensaje del presidente de los Estados Confederados se hacia notable, además, la decisión de echar las bases de las relaciones internacionales del nuevo país, y ello sin dilación, al mismo tiempo que se ajustaban las apremiantes cuestiones domésticas.

La política exterior de los Estados Confederados tenía dos metas definidas: en primer lugar el reconocimiento del nuevo gobierno por parte de las potencias europeas —Inglaterra y Francia sobre todo—, y luego la conclusión de una alianza ofensiva y defensiva con el gobierno de México. Sólo en el caso de que una alianza de esta naturaleza resultara imposible, la diplomacia confederada reducía sus pretensiones al simple aseguramiento de *la neutralidad mexicana*. Sin contar con dicha neutralidad por un lado, y por el otro con el reconocimiento anglo-francés, no era posible emprender más ambiciosas aventuras en punto a relaciones exteriores.

El 16 de marzo, un mes escaso después de haberse organizado el gobierno, el secretario de Estado Mr. Robert Toombs instruyó a William L. Yancey, Pierre Rost y A. Dudley Mann para que, con el carácter de comisionados especiales de los Estados Confederados de América, desempeñaran en Europa la misión que les confiaba el presidente. A la misión se atribuían los siguientes objetivos:

a) Informar a aquellos gobiernos —al de Inglaterra principalmente—, que los Estados Confederados habían asumido de nuevo los poderes anteriormente delegados en el Gobierno Federal para el logro de fines específicos, bajo el pacto conocido como Constitución de los Estados Unidos de América.

b) Comunicar la formación de un gobierno independiente, cabal en cuanto a sus funciones, y dotado de los atributos necesarios para ocupar un lugar entre las naciones de la tierra; y

c) Reclamar el reconocimiento, como independiente, que se debe a todo pueblo capaz de gobernarse a sí mismo, y dotado con la fuerza necesaria para hacerse respetar, negociando finalmente tratados de Amistad, Comercio y Navegación con dichos países, al obtenerse el reconocimiento oficial.¹³

Dos meses después —México resultaba menos importante que Inglaterra y Francia—, el secretario de Estado Robert Toombs extendía nombramiento e instrucciones en favor de John T. Pickett como “agente del gobierno de los Estados Confederados cerca del gobierno de México”. A la misión de Pickett se asignaba como objeto fundamental la conclusión de una alianza entre ambos países, que a juicio de Jefferson Davis se encontraba abonada por razones de toda índole. Al tanto de las precarias relaciones que el gobierno mexicano mantenía con los de Francia e Inglaterra, y por supuesto al corriente del rompimiento con España, que aparejaba la nada vaga amenaza de un conflicto armado, Jefferson Davis conocía también las metas que Juárez perseguía con el Tratado McLane-Ocampo, la más importante de las cuales, prevista por la Convención anexa, consistía en la conclusión de una alianza ofensiva y defensiva con los Estados Unidos, destinada a que México pudiera contrarrestar, con el auxilio americano, los planes intervencionistas europeos. El mismo Davis fue testigo en Washington, sólo un año antes, de cómo influyó sobre todo, en el rechazo del Tratado y la Convención McLane-Ocampo por parte del Senado, el riesgo de que las obligaciones bilaterales consignadas en la Convención pudieran arrastrar a los Estados Unidos a un conflicto bélico con las naciones europeas, y en defensa de los intereses mexicanos. El presidente de los Estados Confederados de América distaba de ser un político improvisado, y tampoco era un memo.

Precisamente al hecho de encontrarse enterado de las urgencias mexicanas ha de atribuirse la oferta nada velada, deslizada en las instrucciones de Pickett, que apenas ocultaba su condición de cebo y anzuelo:

Si los Estados Confederados tuvieran que defender a México contra cualquier invasión extranjera, es obvio que podrían hacerlo con mayor eficacia y rapidez que cualquiera otra nación distante.¹⁴

Esta verdadera promesa, contenida en el memorándum a Pickett, ofrecía una garantía a los viejos temores de Juárez en punto a la intervención europea —española principalmente— en los asuntos de México, a cambio de contrarrestar las maniobras de Washington que sin duda procuraban también, en aquel momento, asegurar una alianza con el gobierno mexicano.

Ésta era la meta, el fin a la vez ideal y fundamental. Pero era preciso contar también con la posibilidad de que el gobierno mexicano, por muy explicables temores, no accediera a concertar la alianza propuesta. Entonces el agente se conformaría con asegurar el segundo de los objetivos, o sea el de una garantía de neutralidad frente al conflicto que se ventilaba en los Estados Unidos. En este caso, trataría de conseguir que México hiciera extensivos, a los confederados, los beneficios y privilegios contenidos en los Tratados celebrados entre su gobierno y el de los Estados Unidos.

Para concertar una alianza entre ambos pueblos, abundaban las razones en opinión de Jefferson Davis:

Ambos pueblos —se lee en el memorándum a Pickett— se ocupan principalmente en labores agrícolas y mineras, siendo por lo mismo homogéneos sus intereses. Por otro lado, la institución de la esclavitud doméstica en un país, y la del peonaje en el otro, establecen entre ellos tales semejanzas en sus respectivos sistemas de trabajo, que bastarán para evitar que se propenda, de una u otra parte, a descuidar los intereses o sentimientos de la otra.¹⁵

En suma: que la misión que se encomendaba a Mr. Pickett no podía resultar más flexible: reclamar el reconocimiento de los Estados Confederados, en el caso de considerarlo viable, y

no hacerlo en el contrario; proponer una alianza entre ambos países, si la estimaba hacedera, y no tocar el asunto, también en el caso contrario. Pero algo era importante, absolutamente fundamental: asegurar la neutralidad mexicana durante la contienda. La sola idea de que tropas de la Unión pudieran cruzar por territorio mexicano, y atacar a los confederados por la espalda, ponía fuera de quicio a Jefferson Davis.

Todo lo flexible que se quiera en relación con las diversas cuestiones diplomáticas planteadas en su memorándum, Mr. Pickett tenía que mostrarse inflexible en punto al problema de la neutralidad. Para asegurarla tendría que valerse de todos los medios, sin que mal fundados escrúpulos le hicieran torcer su camino al objetivo propuesto. El memorándum concluye maliciosamente:

Al Agente se le proporcionarán medios suficientes para que mantenga su decoro diplomático y se allegue colaboradores de fiar, así como para que pague los informes importantes que se le proporcionen, y otros servicios secretos, cuando sólo por ese medio pueda obtenerlos. Un millón o cosa así, empleado juiciosamente, basta para comprar el reconocimiento diplomático de aquel Gobierno. Los mexicanos no pecan por exceso de escrúpulos (overscrupulous), y nuestra misión actual no consiste en mejorar su moralidad.¹⁶

JOHN T. PICKETT, típico caballero del Sur, moralmente muy semejante a su gran amigo, el antiguo ministro de los Estados Unidos en México, Mr. John Forsyth, cuya recomendación debió tener alguna influencia en su nombramiento,¹⁷ partió de Montgomery con destino a Veracruz, portador además de una carta credencial de Jefferson Davis para Benito Juárez, que como todas las de su género presentaba al agente de los Estados Confederados de América, y solicitaba del gobierno mexicano que se le recibiera y diera el trato que, a la recíproca, se proporcionaría a los agentes que México acreditara cerca del gobierno de los Estados Confederados.¹⁸

El 12 de junio se encontraba ya en Veracruz Mr. Pickett, pues lleva esta fecha la extensa nota que dirigió al ministro de Relaciones José María Mata, previa advertencia del carácter exclusivamente privado de la misma. El texto de Mr.

Pickett, en cierta medida cauto y astuto, podría incluso ser calificado de inteligente si, como premisa previa, reconociésemos la imbecilidad de los demás. Pretende el agente, en pocas palabras, pasar a la ciudad de México para establecer allí, con el gobierno, relaciones de amistad y buena vecindad. Pero claro, tampoco desea exponerse a un frentazo. Primero quiere conocer la opinión de Mata acerca de la viabilidad de su misión:

Si mi misión ha de ser inútil —escribe Pickett con seráfica ingenuidad—, aunque no pretende mucho más que anunciar a un vecino inmediato el nacimiento de una nueva nación, no me inspira gran entusiasmo afrontar ni los riesgos del camino, ni el fatal tifo de la ciudad de México.¹⁹

Aprovecha la ocasión, por supuesto, para enhebrar una serie de consideraciones acerca del movimiento separatista de los Estados Confederados, cuyos orígenes han de buscarse en los mismos motivos que produjeron las luchas intestinas de México, a saber: la defensa de la soberanía de los Estados en contra de las usurpaciones del gobierno central. Partiendo del principio de que “el derecho de gobernar se funda en el consentimiento de los gobernados, no hemos hecho más que imitar el ejemplo de nuestros vecinos mexicanos”,²⁰ concluye Pickett, sin que la monstruosidad del elogio le hiciera temblar el pulso. Insiste una y otra vez en que los Estados Confederados no luchaban por imponer su dominación sobre los Estados del Norte, sino sólo por impedir que éstos se impusieran a ellos. Pinta luego en los colores más vivos la amenaza del “atroz despotismo” y concluye campanudamente: “nosotros no lo tememos, pero ¿qué será de Hispanoamérica cuando la intolerancia puritana y la intromisión yanqui cubran el hemisferio?” Y al presentar a Mata sus condolencias por el asesinato de Melchor Ocampo: “¡qué rotunda semejanza entre el partido de la Iglesia en México, y los puritanos del Norte. Podría decirse que los extremos se tocan!”²¹

Hacía bien el agente confederado al forzar su dialéctica hasta tales extremos, pero desgraciadamente padecía una grave pasión epistolar, hasta el grado de que, una vez en sus

manos, dejaba correr la pluma sin miramientos. Para cualquier hombre con mediana sensibilidad política, colocado en el desempeño de un puesto como el suyo, la historia de las relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos tenía que caer en el dominio de lo prohibido. Ante el riesgo de recordar el pasado, habría retrocedido cualquier principiante en cuestiones diplomáticas, pero no ciertamente Mr. Pickett:

¿Quién fue el primero en reconocer a México el derecho de país beligerante? —exclama— Un Presidente de Virginia. Quien fue el primero en reconocer su independencia absoluta? Un Presidente de Tennessee, un Senador de Kentucky, y un enviado de Carolina del Sur. En las últimas épocas, al triunfo del Plan de Ayutla, el General James Gadsden, de Carolina del Sur, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, abandonó la ciudad de México para ir a abrazar, en Cuernavaca, al General Alvarez.²²

Mas no se detiene aquí, por supuesto. Una vez con la pluma en la mano, no hay poder humano que pueda frenarlo. Sigue, y con el mayor desembarazo alega, como servicios, todos los actos que México hubiera podido esgrimir como ofensas.

¿Y Forsyth? ¿Y McLane?, preguntaba todavía. En cambio ¿quiénes echaron abajo los tratados de Forsyth y de McLane? A usted, mi querido amigo, no necesito decir que tal fue la obra de los Sedores yanquis. Pero admito que me estoy volviendo prolijo...²³

Lo que se estaba volviendo Mr. Pickett era otra cosa. Un poco tonto, por ejemplo. Por grande que fuera la pasión americana de hombres como José María Mata, no era menos cierto que mencionar en México la labor diplomática de los hombres del Sur equivalía, por lo menos, a nombrar la sogá en la casa del ahorcado. Mata dio cuenta a Juárez con la nota privada de Mr. Pickett, y el presidente resolvió contemporizar. Tampoco era aconsejable dar al agente confederado con la puerta en las narices. Con la habilidad nata del político, Juárez sabía que cuando las agudas crisis se presentan, es un buen procedimiento hacer que choquen las fuerzas enemigas, para obtener, del choque, resultados medios.

Una de esas fuerzas se encontraba, y actuaba ya poderosamente en la capital: Mr. Thomas Corwin, nuevo ministro de los Estados Unidos. ¿Por qué, pues, no dejar franco el paso al otro, al confederado? Ciertamente que podría provocar algunos embrazos al gobierno, pero era también indudable que serían mayores los beneficios si se le manejaba juiciosamente. Vistas así las cosas, Mata contestó el 19 de junio: reconocía en primer lugar cuán difícil resultaba la misión del agente de los Estados Confederados; agregaba que, de momento, el gobierno mexicano no se encontraba en condiciones de resolver satisfactoriamente los asuntos que el mismo agente planteaba, y concluía autorizándole a pasar a la ciudad de México, donde se le atendería y serviría en la medida posible.²⁴ Nada en suma: la clásica "salida" de un político.

EN WASHINGTON, mientras tanto, hacía largos meses que nadie descansaba, ni William H. Seward, el providencial hallazgo de Lincoln para el Departamento de Estado, ni el tenaz Matías Romero. Con la mira puesta en su fin primordial —desbaratar los planes confederados sobre México—, Lincoln había estudiado con todo cuidado el nombramiento de un nuevo ministro para este país. Pensó en alguien cuyo solo nombre sirviera, a la vez que para escandalizar en los Estados del Sur, para que México lo recibiera como testimonio del cambio radical que se operaba en el rumbo de la diplomacia norteamericana, y en su favor mandó extender el nombramiento. El hombre era Thomas Corwin, de Kentucky, famoso catorce años antes, cuando en el Senado de los Estados Unidos criticó vigorosamente la guerra que el presidente Polk había llevado a México, oponiéndose además a la autorización de nuevos fondos para fines militares.

Licenciamos nuestros ejércitos —dijo Corwin entonces—, hagámoslos volver inmediatamente dentro de nuestros límites reconocidos; demostradle a México que sois sinceros cuando decís que no deseamos quitarle nada por conquista... hagamos, en este templo consagrado a la república, una solemne lustración: lavemos de nuestras manos la sangre mexicana, y sobre estos altares, en presencia de esa imagen del padre de la Patria que nos contempla desde lo alto, juremos conservar una paz honrosa con todo el mundo.

El 6 de abril, con ventaja de mes y medio sobre los con-federados, se entregaron a Mr. Corwin las instrucciones para su misión. Jamás habían salido del Departamento de Estado conceptos como los que se comunicaban ahora al nuevo ministro. Por primera vez se dejaba en paz el viejo asunto de las reclamaciones, que había proporcionado hasta entonces —y que proporcionará después— el tema conflictivo de las relaciones entre ambos países,²⁵ para ocuparse de los designios agresivos de la Confederación en primer término, y luego de los proyectos intervencionistas de las potencias europeas. Era preciso convencer al gobierno mexicano de que en la guerra civil no se ventilaban intereses locales de los Estados Unidos, sino cuestiones que afectaban el futuro de todos los pueblos de América, y particularmente del país vecino:

El triunfo del gobierno de los Estados Unidos —decía Seward—, puede depender en pequeña parte de la acción del Gobierno y el pueblo mexicanos. El Presidente de México no puede dejar de ver que lejos de aprovechar a su país la destrucción o debilitamiento de la autoridad federal (en los Estados Unidos) esto no podría sino exponerle a terribles peligros. Por otra parte, la continuación de la anarquía en México debe ser necesariamente un atractivo para los que conspiran contra la Unión, estimulándoles a buscar su engrandecimiento a costa de conquistas en México, y en otros territorios de la América española... La organización de un gobierno distinto en la parte de la Unión que linda con México, sería más perjudicial para este país que para los Estados Unidos.²⁶

Allí mismo, el argumento fundamental:

Interesa a las naciones de América ser amigas por la misma razón que son vecinas, y prestarse ayuda y apoyar las unas a las otras, en la medida compatible con la soberanía que cada una disfruta, tanto en contra de actividades tendientes a su desintegración interna como en contra de influencias extranjeras, más allá de sus fronteras.²⁷

Éste era un lenguaje que tenía que sonar como música celestial en los oídos de Juárez. Catorce meses antes, sólo para obtener una declaración como esa, el Benemérito se había sometido a las indignas estipulaciones del Tratado McLane-Ocampo. Y no la consiguió, a pesar de lo que cedió entonces. Ahora, por el vuelco en los acontecimientos domés-

ticos, Lincoln se la mandaba gratis. En el arranque mismo de la guerra, a sólo seis días de que sobre Fort Sumter principiaran a caer las bombas confederadas, Washington modificaba, a fondo, su política mexicana...

EN LOS ESTADOS CONFEDERADOS, por supuesto, no se conoció el texto de las instrucciones de Mr. Corwin, pero sí el hecho de su nombramiento, y el escándalo se armó en Montgomery tal y como Lincoln lo tenía previsto. Ya en las instrucciones a Pickett se le decía que hiciera ver al presidente Juárez que los Estados Confederados observaban, "con sorpresa", que el gobierno de Washington "no había vacilado" en nombrar ministro plenipotenciario, cerca del gobierno de México, a un hombre "infamado en su propio país, y en el extranjero, como traidor notorio", agregando que dicho nombramiento resultaba "insultante para la dignidad mexicana" y que la sola negociación de un Tratado con una persona como Mr. Thomas Corwin, aunque afectase "en grado mínimo" los intereses de los Estados Confederados, "sería vista como particularmente ofensiva para con los mismos".²⁸ Todo esto dijo Mr. Pickett a Mata en cuanto pisó tierra mexicana.²⁹ Tal parecía que los confederados se proponían colocar en un pedestal la figura de Mr. Corwin. Si en los Estados Unidos se le había llamado traidor por el hecho de defender a México frente a una guerra injusta, ni a un principiante en diplomacia se le podría haber ocurrido continuar llamándolo de ese modo, en México, y por el mismo motivo. Pero tan extraordinaria idea cupo en el cerebro de los hombres del Sur. Es frecuente que la idiotez tenga como función completar, y hacer más notable, la obra de la inteligencia.

Don Matías Romero, por su parte, no descansaba en Washington. El 25 de febrero había ido a la Casa Blanca para despedirse de Buchanan, y manifestarle su gratitud "por los buenos servicios que prestó a México en circunstancias difíciles, y las cuales contribuyeron a la pacificación de la República",³⁰ pero unos días antes había tomado el tren para Springfield, donde se encontraba el presidente electo. En una nota del 19 de enero nos relata su charla con Mr. Lincoln:

Me dijo... que durante su administración procurará hacer todo lo que esté a su alcance en favor de los intereses de México, y que se le hará entera justicia en todo lo que ocurra, y que se le considerará como una nación amiga y hermana. Me agregó que no creía que nada pudiera hacerlo cambiar de ese propósito... Entonces le dije que México se había congraciado mucho con el triunfo del partido republicano, porque esperaba que la política de ese partido sería más leal y amistosa, y no como la del democrático, que ha estado reducida a quitarle a México su territorio para extender la esclavitud.³¹

El presidente Lincoln sospechaba hasta qué punto la amistad mexicana podría resultar importante para los Estados Unidos, al hacer crisis su querrela doméstica. Valía la pena, pues, dejar tendidos los puentes. Cuando Lincoln habló con Romero, era un hecho la secesión de Carolina del Sur, y se insinuaba la Convención de Montgomery y el nacimiento de los Estados Confederados. Se anunciaba la guerra. Nuestro D. Matías, por su parte, jugaba sus cartas como un pillo redomado. En Springfield decía a Lincoln exactamente lo contrario de lo que aseguró a Buchanan, en Washington, unos cuantos días antes. Era cierto, por otra parte, que Mr. Buchanan no merecía tratamiento de caballero. Seguramente el bondadoso oaxaqueño quiso endulzarle la pildora, en el momento amargo de dejar el puesto.

Pero apenas había partido Mr. Corwin, los hombres de Washington adoptaron un plan radical para poner fin al conflicto. Diez días antes de que en Montgomery se nombrara a John T. Pickett para su misión mexicana, William H. Seward mandó llamar a Matías Romero al Departamento de Estado. Era el 9 de mayo, y Washington quería que el gobierno mexicano le concediera un favor. Sólo un pequeño favor. D. Matías Romero reproduce la petición en su estilo seco, de oficinista mal pagado: "7 de mayo. Me dijo (Seward) que tenía que pedirme un favor, y era que se permitiera a tropas americanas pasar por territorio de México, para ir de San Francisco a Arizona, por Guaymas".³² Como se ve, sólo un pequeño favor. Que los dejaran pasar por la puerta de atrás para caer sobre los confederados, por la espalda, y pegarles la clásica puñalada florentina.

EL 27 DE JUNIO, mientras el Congreso mexicano discutía en sesión secreta el pequeño favor que los Estados Unidos pedían, el señor John T. Pickett desafiaba los riesgos del camino, la amenaza del tifo en la ciudad de México, y se detenía en Jalapa para dar el pésame a la hija de Ocampo —la esposa de Mata— por el “most horrid assassination” de su padre.

Cuando el 27 de junio se detiene el Agente Confederado en Jalapa, con el objeto de satisfacer ciertas formalidades sociales, no se le oculta que el ministro de los Estados Unidos le lleva ventajas considerables. En Veracruz, conoció los pormenores de la recepción oficial de que se hizo objeto a su rival en la Capital, y las cordiales expresiones que entonces se cruzó con el presidente Juárez; no le hicieron gracia, por cierto. Sospechaba que la meta ambiciosa de su propia misión: la de concluir una alianza ofensiva y defensiva entre México y los Estados Confederados podría ser también la que Mr. Corwin traía en cartera, y aunque dudaba que “los astutos mexicanos” se dejaran llevar por las intrigas de su enemigo, él, Mr. Pickett, se había valido de “ciertas conexiones” para hacer saber a Juárez lo que ocurriría de ajustarse un convenio que facilitara el tránsito de tropas de la Unión por territorio mexicano. “Confío que mi firme advertencia no puede producir sino los más saludables efectos”, escribió entonces a Mr. Toombs.³³ Algunos días después, ya en la Capital, creyó confirmar la especie: algo tramaba Mr. Corwin con el Gobierno mexicano. Algo que podría resultar en extremo desagradable. Y se valió otra vez de sus “conexiones” para circular la noticia de que, en el caso de no tomarse en cuenta su advertencia, “treinta mil agentes diplomáticos confederados” cruzarían la frontera mexicana en el momento menos esperado.³⁴

Finalmente, el 26 de julio, Manuel María de Zamacona, nuevo ministro de Relaciones Exteriores, le recibió extraoficialmente y en su casa. Allí, Mr. Pickett le sometió los puntos fundamentales de su misión:

a) Participar el deseo del pueblo y gobierno de los Estados Confederados de mantener, con México, relaciones es-

trechas y amistosas, hasta el extremo de una alianza ofensiva y defensiva, si se consideraba hacedera.

b) En el caso de que esto último resultara imposible, comunicar la esperanza de la que participaba el Gobierno confederado, en el sentido de que el mexicano observaría en todo caso una neutralidad estricta en relación con la guerra civil; y

c) Sentar claramente que de momento no se reclamaba el reconocimiento oficial de la independencia de los Estados Confederados, aunque sí se confiara que las estipulaciones y privilegios contenidos en los Tratados celebrados entre México y los Estados Unidos, se harían extensivos a ambos beligerantes, en igualdad de condiciones.³⁵

La entrevista confidencial terminó, pero Zamacona no soltó prenda. Recibió y despidió a Mr. Pickett afectuosamente; aseguró que llevaría al Presidente la copia de su carta credencial, y que luego le llamaría. Nada más.³⁶

Cuando Mr. Pickett se presentó en México, a principios de julio, estaba ya en puerta el decreto de suspensión de pagos de la deuda extranjera, que inmediatamente dio lugar al ultimátum de los ministros de Francia e Inglaterra, y que finalmente proporcionó a Napoleón, como es sabido, el pretexto para fraguar con Inglaterra y España el pacto de Londres, unos meses más tarde. Pero, ¡si Mr. Pickett hubiera sabido lo que pasó el 29 de junio! ¡Si Mr. Pickett hubiera sabido que cuando él llegó a México ya el Congreso, en sesión secreta, había autorizado el paso de tropas de la Unión entre California y Arizona, a través de Sonora! El único punto realmente importante de su misión consistía en asegurar la estricta neutralidad mexicana. Pero la neutralidad quedaba ya reducida a un concepto sin sentido. Por el hecho mismo de que el Gobierno de México accedía al "favor" que Mr. Seward pidió en Washington a Matías Romero, el Gobierno de México se convertía en co-beligerante al lado de la Unión. Todo bajo sus propias narices, mientras él se detenía en Jalapa para dar el pésame, a la hija de Ocampo, por el "most horrid assassination" de su padre.

Cuando Manuel María de Zamacona recibió a Pickett en

su casa, confidencialmente, hacía casi un mes que el Congreso había concedido el permiso para el paso de las tropas, y resulta extraordinario que corrieran los días y las semanas sin que el Agente sospechara, siquiera, la consumación del "favor" solicitado por Mr. Seward. Pero en cambio ha invertido muy buenas y largas horas en pontificar acerca de la semejanza entre las instituciones e intereses mexicanos y confederados:

La Institución de la esclavitud africana en un país —escríbala—, no es menos benéfica y humanitaria que la del peonaje en el otro, con la notable diferencia de que si bien el africano nace con pocos derechos civiles y sin derechos políticos algunos, el peón se encuentra reducido —y es de suponerse que por su propia culpa—, de la orgullosa situación de un ciudadano que ha nacido libre, a la poco envidiable condición de un ilota.³⁷

A su juicio, los mexicanos carecían de títulos morales para enjuiciar adversamente la "peculiar institución". Mas en el caso de que llegara a darles por la filantropía, él tenía a su alcance los antecedentes para probar al mundo, y a los mexicanos mismos, que "el peonaje es una forma de la esclavitud incuestionablemente más pernicioso y degradante".³⁸

Sociología, historia, dialéctica. Pero nada, ni una sospecha siquiera de la resolución que adoptó el Congreso mexicano el 29 de junio. ¡Hasta en Washington sabía ya Seward lo que en México ignoraba Mr. Pickett! Leemos en el Diario de Matías Romero:

17 de julio. Fui a ver a Mr. Seward, para comunicarle que el Gobierno de México había concedido permiso a las tropas mexicanas para pasar por el territorio de la República.³⁹

Curiosamente, al día siguiente de que Zamacona proporcionara todo género de seguridades acerca de la "estricta neutralidad" mexicana,⁴⁰ llegó a oídos de Mr. Pickett la terrible noticia. Incrédulo todavía, mandó a Mr. Cripps, antiguo secretario de la Legación de los Estados Unidos en los días de Gadsden, para que hablara con Zamacona, y con él ratificara o rectificara la especie. Aquí el mexicano, cogido ya con los dedos contra la puerta, no pudo negar más, y concedió que su Gobierno había otorgado el permiso para el tránsito de

tropas de los Estados Unidos, aunque sólo entre Guaymas y Arizona.⁴¹ Previamente aleccionado por Pickett, Mr. Cripps adoptó un aire de gran preocupación. Aseguró a Zamacona que su jefe tendría la obligación de poner en conocimiento de los texanos la autorización concedida, para que ellos tomaran las providencias del caso. Era un decir solamente para aterrorizar a Zamacona, ya que Pickett tenía la convicción de que bastaría dar curso a la noticia para que los "impetuosos texanos" se apoderaran de Tamaulipas, y una medida como esa, tan extremada, no entraba todavía en los planes confederados. Se trataba, pues, de amenazar solamente, pero por lo visto la flecha no dio en el blanco. "Me asegura Mr. Cripps—escribió luego a Toombs—, que la noticia no pareció alterar en lo más mínimo al Ministro."⁴²

Burlado como un chino, despechado además, Mr. Pickett debió sentir el impulso de buscar a Zamacona para romperle la cara, pero se contuvo todavía, por última vez. Sólo un milagro podría salvar a Zamacona de la embarazosa situación personal en la que se hallaba, y el milagro se consumó providencialmente. La Providencia, que se vale de los más extremos medios para imponer sus decisiones inescrutables, se sirvió en este caso del más infalible, o sea de la propia tontería de Mr. Pickett. Sólo sobre esta base podríamos comprender la singular nota que el Agente envió a Zamacona, diciéndole "suponer que el permiso otorgado para que tropas de la Unión pasaran de California a Arizona", cruzando territorio mexicano, provino seguramente de ignorar el Gobierno mexicano que el territorio de Nuevo México—del cual Arizona era un Distrito—, luchaba bajo la bandera de la Confederación.⁴³ ¡Y además le mandaba una lista de los Estados Confederados, para su conocimiento!

Manuel María de Zamacona se apresuró a contestar cómo lamentaba no haber sido advertido, a tiempo, que el territorio de Nuevo México combatía bajo la bandera confederada. De haberlo sabido, seguramente su Gobierno no habría autorizado el paso de las tropas. El delicioso episodio recuerda el caso del buen marido, viajero habitual, que al regresar a casa inopinadamente, y sorprender allí a su rival, le pro-

porciona disculpas por su regreso inesperado, y una lista además, con las fechas seguras de su ausencia. El amante tomaría medidas —como Zamacona en el caso de Pickett—, para que el caso no volviera a repetirse.

AL PRINCIPIAR SEPTIEMBRE, y bajo el amago de la intervención europea, el gobierno de Washington decidió hacer algo para frenarla. El 10 de ese mes habló Mr. Seward con Lord Lyons, Ministro de la Gran Bretaña en los Estados Unidos, poniéndole al corriente de un plan norteamericano, contenido en las instrucciones que pocos días antes ee enviaron a Mr. Corwin. El plan se reducía, en concreto, a proponer al Gobierno mexicano la suscripción de un Tratado, mediante el cual Washington asumiría el pago del interés al 3 %, y por el término de cinco años, de la deuda consolidada que México tenía pendiente con los tenedores de bonos, cuyo capital se calculaba en cerca de sesenta y dos millones de pesos, obligándose México al reembolso del dinero, al interés de 6 %, amén de la garantía de las tierras públicas y los derechos sobre minas en los Estados de Baja California, Chihuahua, Sonora y Sinaloa, que pasarían a ser propiedad de los Estados Unidos en el caso de que, al vencimiento del plazo estipulado, no se hubiera efectuado el reembolso en cuestión.⁴⁴

Matías Romero, que en Washington había sido uno de los más entusiastas de la idea del préstamo, llegando hasta el extremo de entrevistar a Mr. Seward para que hiciera extensivas a España las proposiciones que se habían hecho ya a Inglaterra y Francia respecto del pago de los intereses de la deuda mexicana,⁴⁵ no contaba seguramente con la autorización de su Gobierno, ya que en cuanto Mr. Corwin puso el plan en conocimiento de Juárez, el Presidente consideró más riesgoso el auxilio de los amigos que la amenaza de los enemigos, y rehusó el “auxilio” proyectado.

Mientras que el Gobierno mexicano rechaza abiertamente la oferta de Washington, Mr. Pickett continuaba dedicado a la sociología, por lo visto su diversión favorita:

No existe posibilidad alguna de mejoría —advierte a Toombs—

en tanto que México sea gobernado, o que se le intente gobernar, por mexicanos. Sin la intervención extranjera, de uno u otro origen, el *grand finale* puede ser una insurrección del elemento indio, que representa las tres cuartas partes de la población... El Ministro de Relaciones presume que el país se salvará en dos meses más, de lo cual yo concluyo que se encuentra en trámite una alianza ofensiva y defensiva con los Estados Unidos. Cuando me encuentre completamente seguro de ello, será mi deber tomar las medidas adecuadas. ¡El Presidente Zuolaga, el Clero y los antiguos jefes del ejército se arrojarán gustosos en brazos de los Estados Confederados.⁴⁷

Y esgrime finalmente su arma secreta, digna de un genio de la intriga, al proponer al Gobierno mexicano "la retrocesión" de los territorios adquiridos por los Estados Unidos, como botín de la guerra, en 1848. Nada menos que devolvernos California y Nuevo México. Así como así. "Arma formidable que he esgrimido en contra del Ministro de los Estados Unidos",⁴⁷ asegura campanudamente. Mr. Corwin se echaría a temblar. Y Manuel María de Zamacona a reír. Si Mr. Pickett era "el más apto", según la carta de Forsyth a Jefferson Davis, cabe suponer cómo andarían los irrecorrendables.

Finalmente, al advertir que en el Gobierno no hacen mella ofertas ni amenazas, Mr. Pickett pierde "toda esperanza de conservar la paz".⁴⁸ Reconoce que Juárez no rectificará sus pasos respecto del cruce de tropas de la Unión por territorio mexicano, y concluye: "debiéramos ocupar una buena posición militar en las márgenes del río Grande, y marchar sobre Monterrey. Una vez en nuestro poder esa ciudad, estaríamos en condiciones de controlar las provincias del Sur".⁴⁹ Nada más que una nueva y "dorada oportunidad", que se presentaba al pueblo de los Estados Confederados "para llevar a su término ese destino inevitable que les empuja hacia el Sur".⁵⁰

De pronto, inesperadamente, concluye la misión de Mr. Pickett. Inesperadamente para quien no conociera las dotes de su carácter. Un tal Mr. Benton, boticario radicado en la ciudad de México, tuvo la osadía de "insultar públicamente" a Jefferson Davis, y lo hizo en presencia del Agente, quien

sin más la emprendió a bastonazos con el pildorero. Las lesiones de Mr. Benton debieron ser relativamente serias, ya que Mr. Pickett fue a dar con sus huesos a la cárcel, sin que mejorara su suerte al aducir las "inmunidades" de su puesto. En la cárcel —y para confirmar el viejo principio de que un amigo en la desgracia es un amigo de verdad—, contó con el auxilio de Dubois de Saligny, quien le brindó el asilo y protección de la Legación de Francia, pero nuestro hombre, aunque agradeció el cumplido, creyó inoportuno aceptar la oferta, ya que "darme refugio —escribió a Saligny—, exasperaría a las autoridades policíacas, especialmente a un tal Porfirio Díaz, jefe de la misma, y notorio salteador de caminos".⁵¹ Prefiere irse de México, en cuanto le dejen libre, ya que por lo visto no se le comprende. Además se siente enfermo. Tal vez el amago del tifo, al que tanto teme. Saligny le asegura que el Gobierno le dará satisfacciones, "para prevenir las enojosas consecuencias de acto tan lamentable",⁵² pero al inefable Mr. Pickett le interesa sólo partir. Piensa que vivir bueno y sano entre los mexicanos es castigo suficiente, "pero encontrarse enfermo, y además residir en México, resulta definitivamente intolerable".⁵³

Una semana más tarde, ya en camino, dirige a su Gobierno lo que él califica como "uno de los más extraordinarios despachos que un Agente diplomático haya redactado en los tiempos modernos".⁵⁴ Por lo visto le perdía el optimismo, pues la cosa no era para tanto. Se reduce Pickett a relatar aquí la paliza que propinó al boticario "que insultó públicamente a Jefferson Davis"; a fundar su resolución de retirarse en el hecho de que el Gobierno ni atiende sus reclamaciones ni, en general, le hace el menor caso, por todo lo cual resolvió "cortar el nudo gordiano" de la naciente diplomacia de su país. Y concluye:

Si mi gobierno se aprovecha de oportunidad tan ventajosa, no habré sufrido en vano. Nuestro pueblo ha de tener una salida al Pacífico. Diez mil hombres en Monterrey controlarían toda la parte Norte de la República. El comercio, y no la espada, daría pronto fin a la obra.⁵⁵

Salió de México lleno de rencor, como tres años antes su

gran amigo Mr. Forsyth, y llegó a Veracruz cuando las fuerzas españolas ocupaban el puerto. La bandera española, batida por los vientos de San Juan de Ulúa, llenaba su alma con proyectos descabellados. Sueños. Quimeras. España, la odiada y despreciada España, pero... ¿por qué no? Y escribió a Richmond: "Las revoluciones nos colocan al lado de extrañas compañías".⁵⁶

MESES ANTES, EN SEPTIEMBRE, inminente ya el riesgo de la intervención europea, Mr. Pickett sugería a su Gobierno tanto la conveniencia de entenderse con las Potencias interventoras, como la posibilidad de concertar convenios separados con los Estados mexicanos del Norte, "tan independientes" del Gobierno Federal, a su juicio, "como lo es Carolina del Sur de Washington",⁵⁷ ya que contaban con su propio ejército, elaboraban aranceles ajustados a sus necesidades, cobraban y distribuían sus ingresos, etc., etc. El caso de Santiago Vidaurri, gobernador de Nuevo León y Coahuila, era por supuesto el más agudo, sobre todo a raíz del escándalo que produjo el regreso al país de D. Ignacio Comonfort, instalado en Monterrey bajo su protección, sin que hicieran mella en su actitud las gestiones del Gobierno Federal, que reclamaba la entrega del ex-Presidente para someterlo a juicio. La conducta pública de Vidaurri delataba su nada amistosa actitud hacia Juárez, que dos años más tarde le llevaría tan lejos, y Mr. Pickett sugirió luego a Jefferson Davis la conveniencia de aprovecharla, en beneficio de la causa confederada.⁵⁸

Sólo que, en Richmond, al tanto de la situación que prevalecía en los Estados mexicanos del Norte —tan independientes del Gobierno Federal, efectivamente, como pudiera serlo Virginia de Washington—, tenían ya urdido un plan magnífico, superior al que insinuaba su Agente en México, cuyo drama, por lo visto, consistía en llegar siempre tarde con sugerencias y noticias. A Jefferson Davis interesaba no sólo el caso de Vidaurri, pues algo sabía de otros dos grandes caudillos norteños, los gobernadores de Chihuahua y Sonora Luis Terrazas e Ignacio Pesqueira, por ejemplo. ¿Se atreverían Terrazas y Pesqueira hasta los extremos de Santiago

Vidaurri? Tal vez no o tal vez sí. Desde luego valdría la pena intentarlo.

El 27 de diciembre de 1861, en cumplimiento de instrucciones secretas, el general brigadier H. H. Sibley entregó al coronel James Reily, del cuarto regimiento de la caballería voluntaria texana, un pliego de instrucciones, mas una carta personal "To His Excelency, the Governor of the State of Chihuahua", ambos documentos fechados en Fort Bliss, en las inmediaciones de Franklin, hoy la ciudad de El Paso, Texas.⁵⁹ El 2 de enero partió el Coronel Reily hacia la ciudad de Chihuahua. Cruzó el río Grande, y valerosamente, en compañía de una pequeña escolta de rancheros, se aventuró en un país devastado por las correrías indias.

Las instrucciones que entregó el general Sibley a Reily, breves y enigmáticas, parecían reducirse a "poner en conocimiento del gobernador los alcances y naturaleza general de los propósitos que en este momento se tienen en cartera (which are at present in contemplation); explicar esas metas en detalle, haciendo patente la política en cuestión; combatir influencias adversas, y obviar las objeciones que pudieran enderezársele, tal es el objetivo fundamental de la misión que se le confiere".⁶⁰

El coronel Reily justificó las esperanzas que en él depositó su general brigadier, ya que le bastaron menos de dos semanas para cruzar el desierto, vencer los riesgos del camino, llegar a Chihuahua, cumplir su misión y emprender el regreso. El 20 de enero, acampado junto al Carrizal (in camp near Carisal), envió a Sibley seis anexos de singular importancia, más un informe pormenorizado de su viaje. Asegurándole llevar consigo una carta del gobernador de Chihuahua para el de Sonora, concluía:

Tengo el gusto de informarle que mi recepción por parte del Gobernador y demás funcionarios del Estado, fue en extremo bondadosa y amable... Permítame felicitarle, General, por haber obtenido el primer reconocimiento oficial del Gobierno de los Estados Confederados por parte de una potencia extranjera.⁶¹

¿Qué había pasado en Chihuahua? ¿Cuál sería el propósito real de la misión de Reily? ¿Qué decía el gobernador

Luis Terrazas en su carta a Sibley, que éste posteriormente considerará "importante y altamente satisfactorio"? ¿En qué se fundaba Reily para adjudicarse la singular alabanza de haber obtenido "el primer reconocimiento oficial" de los Estados Confederados de América por parte de "una potencia extranjera" Veamos la cosa serenamente, con el propósito de desentrañar el acertijo.

Parece indudable que la misión de James Reily abarcaba tres objetivos fundamentales: a) Obtener seguridades del Gobernador de Chihuahua en el sentido de que, a pesar del permiso concedido por el Gobierno mexicano, no se consentiría el paso de tropas de la Unión a través del territorio del Estado; b) conseguir, del mismo gobernador, autorización para que soldados del ejército confederado pudieran acantonarse en territorio del Estado, con el objeto aparente de prevenir las incursiones indias; y c) garantizar, con el consentimiento y apoyo del mismo gobernador, la compra de toda clase de víveres dentro del Estado, para el sostenimiento de los efectivos confederados en las regiones limítrofes. Tales eran los fines de la misión, que en rigor podría reducirse al primero de los objetivos planteados, ya que los dos restantes podrían considerarse accesorios, de tener éxito en el principal.

El 9 de enero de 1862, en el palacio de gobierno del Estado, recibió Luis Terrazas al coronel Reily, que "se anunció como Coronel del ejército confederado, vistió como tal, con el uniforme de un oficial de caballería de dicho ejército, llevando al cinto su espada".⁶² Reily puso en manos del gobernador la nota de Sibley, una síntesis de la cual se consigna en el párrafo anterior, mas Terrazas se excusó de opinar sobre su contenido aduciendo que, por no leer ni hablar el inglés, necesitaba que primero se le preparara una traducción,⁶³ y citó al emisario para una nueva entrevista, a la misma hora del siguiente día.

Reunidos puntualmente en el despacho del gobernador, Terrazas entró luego en materia, diciendo ignorar que el Gobierno Federal hubiera concedido autorización, pocos meses antes, para que tropas de la Unión cruzaran el territorio del Estado. "Ni tal cosa ha llegado a mi conocimiento —escribió

luego Terrazas a Sibley—, ni tampoco pasaría mi gobierno por ello, excepto en los términos y bajo las condiciones con sujeción a las cuales el Congreso Federal, exclusivamente, tiene facultades para conceder o negar la entrada de tropas extranjeras en el territorio de la federación, así como para consentir en la estación de escuadras de otras potencias, por más de un mes, en aguas de la República”.⁶⁴ Con esta evasiva declaración, que fundaba en la Fracción XVI del artículo 72 de la Constitución Federal de 1857, el gobernador Terrazas mataba dos pájaros con el mismo perdigón: no se allanaría al cruce de tropas de la Unión por territorio del Estado si el permiso provenía de una simple decisión de Juárez, pero dejaba abierta la posibilidad de permitirlo si, mediante la venia del Congreso, se satisfacían las exigencias constitucionales. Pero fundado en el mismo criterio, él, como gobernador, tampoco podría consentir que se acantonaran efectivos militares confederados en territorio del Estado, ni aún que cruzaran su línea fronteriza en persecución de los salvajes, dado que, de acceder, violaría la misma disposición constitucional aducida en relación con el punto anterior. Por último, en cuanto al tercer objetivo de la misión de Reily, el gobernador no se opondría a que el ejército confederado se avituallara en territorio del Estado, “con tal de que esto ocurra sin intervención oficial, que pudiera ser interpretada como un acto contrario a la absoluta neutralidad que México, y los Estados que constituyen la Federación, han de observar en el caso de la desgraciada lucha que priva entre los Estados del Norte y del Sur de la Unión Americana”.⁶⁵

La nota de Luis Terrazas al general Sibley es un modelo en su género, ya que ni despacha con cajas destempladas al emisario del peligroso vecino, ni se compromete tampoco con sus ofertas. Contiene sólo una serie de declaraciones evasivas, muy políticas, y contrasta, por lo mismo, con la versión que el propio Reily proporcionó a Sibley acerca de la misma entrevista. En la versión de Reily, asegura éste que el gobernador le dijo “*que aun en el caso de que se le hubiera notificado el acuerdo del Presidente, sancionado por una ley del Congreso, él (Terrazas) no creía que pudiera consentir*

en el paso de tropas de la Unión por el territorio de Chihuahua, para invadir Texas".⁶⁶ Seis días después, en una carta destinada indirectamente al propio Jefferson Davis, insistía Reily una vez más en esta versión totalmente contraria a la que resulta de la ya citada nota que el propio Terrazas dirigió a Sibley:

Mi misión resultó enteramente satisfactoria —escribió el Agente—; no cabe duda que allá existía algún entendimiento acerca del paso de tropas de California, a través de Chihuahua. Esto no se permitirá, y este mando militar no tiene por ahora enemigo sobre su flanco... El General Sibley ha tenido el honor, por mi conducto, de haber obtenido el primer reconocimiento oficial de los Estados Confederados de América por parte de una potencia extranjera.⁶⁷

Entre dos afirmaciones tan violentamente contradictorias ¿cuál corresponde a la verdad? Si hemos de juzgar la conducta de Terrazas en aquella compleja coyuntura, parece lógico que nos ciñamos a lo que él mismo dejó sentado en su carta a Sibley, bajo su firma, y no a lo que el emisario escribió al redactar la crónica de la entrevista. El coronel Reily tenía motivos para procurar elevar sus bonos a los ojos de sus superiores, y es por ello explicable que abultara sus logros a los ojos de Sibley primero, y luego a los del mismo Jefferson Davis. Que Reily era un tipo engreído, un verdadero pavo, se prueba con su empeño en asegurar que los Estados Confederados habían obtenido, "por su conducto", el primer "reconocimiento oficial" de su independencia, sin temblarle el pulso cuando llama "potencia extranjera" al miserable Estado de Chihuahua, exangüe, incapaz de ponerse a salvo, siquiera, de las incursiones apaches.

En el apasionante relato de James Reily —un lobeño del Destino Manifiesto—, leemos además:

Encontré a Chihuahua disfrutando de un clima delicioso, circundada por minas de riqueza indescriptible, con ricas tierras agrícolas en sus alrededores, y sin embargo la ciudad misma más pequeña cada día, cada año más y más reducida al extremo de la pobreza.⁶⁸

Y en otro lugar, en la carta que destinaba indirectamente a Jefferson Davis:

Tenemos en Chihuahua amigos cálidos e influyentes. Es un vecino rico y magnífico, cuya situación mejoraría de encontrarse bajo la bandera confederada. No hay minas en el mundo como las que se encuentran a la vista de la ciudad de Chihuahua... Con Sonora y Chihuahua obtendremos Baja California, y mediante un ferrocarril a Guaymas haremos de nuestro Estado de Texas la gran vía de las naciones.⁶⁹

LOS PLANES CONFEDERADOS sobre México no pecaban ciertamente por exceso de originalidad. Continuaban con las botas puestas para llevar los intereses del esclavismo hasta el Darién. Para que el triunfo de los Estados del Norte nos sirva de consuelo, bastará con imaginar nuestra suerte en el caso de haber vencido los del Sur.

Ahora, en cuanto a la misión que Reily pensaba llevar a Sonora, no hemos encontrado la menor huella del viaje, lo que nos permite suponer que por ignoradas razones no se intentó. Mas de haberse consumado, tenemos derecho a suponer que el Agente tropezó en Sonora con problemas semejantes a los que encontró en Chihuahua, pues no es de creerse que Pesqueira le proporcionara algo más que las promesas, nada sustanciales, que recibió de Terrazas.

El caso de Vidaurri difería por completo, ya que el neolóns alentaba ideas y rencores de los que ni Terrazas ni Pesqueira participaban. Por eso mismo, cuando llegó a Monterrey el Agente confederado —un tal Quintero, que inició sus gestiones el 22 de mayo de 1861—, se encontró con que Vidaurri pretendía ir más allá de los planes de Jefferson Davis, ya que acariciaba el proyecto de una verdadera unión política entre la Confederación y los Estados mexicanos del Norte.⁷⁰ La cosa no fue más lejos porque el mismo Davis rechazó la idea, como impolítica para los intereses de ambas partes,⁷¹ pero ello no obstante persistió Vidaurri en el empeño de asegurar para su causa la simpatía de los confederados, proporcionando a Quintero todo género de seguridades

en el sentido de que, llegado el caso, se opondría por la fuerza al paso de las tropas de la Unión por los Estados de Nuevo León y Coahuila.⁷²

En Richmond mientras tanto, y no obstante el sonado fracaso de Mr. Pickett, Davis no abandonó el sano proyecto de cubrirse las espaldas. Salvo en el caso de Vidaurri, a quien en aquellos círculos se consideraba un virtual aliado,⁷³ la diplomacia confederada había fracasado en toda la línea y todos los frentes —lo mismo en México que en Europa—, pero ello no obstante, cuando en 1863 Juárez y el gobierno abandonaron la capital, y en ella se instaló la Regencia, volvieron a la carga. En este año, coincidiendo con el establecimiento del gobierno provisional de la Regencia, Jefferson Davis designó a William H. Preston para que desempeñara una misión semejante a la de Mr. Pickett, pero el nuevo Agente, poco animoso sin duda, no quiso exponerse a un desaire y se mantuvo en La Habana en espera de la favorable coyuntura, que nunca llegó, para trasladarse a México.

No andaban ciertamente acertados con sus nombramientos los estadistas de la Confederación. Primero Pickett, atrabiliario, incapaz de satisfacer los requisitos personales de una misión tan delicada, y luego Preston, seguramente nada más que un tímido. Los extremos se tocaron en este caso, con resultados igualmente negativos. Carecían de justificación, por lo mismo, las previsiones de Mr. Pickett al conocer el nombramiento de Mr. Preston. Previsiones optimistas, con un halo de resentimiento. Le desea buena suerte, y cuando sospecha que pueda recoger su cosecha, la que él dejó a medio cultivar, repite con Virgilio:

“Hos ego versiculos feci, tullit alter honores...”

Quería decir que a él se debía la obra, y que otro se llevaría los honores, pero aquí también se equivocaba nuestro hombre de medio a medio.

Mas luego se consuela. La noticia de los éxitos militares franceses le reanima, y su endemoniado orgullo, maltrecho, recobra lozanía. ¡Benditos franceses, que le han vengado!⁷⁴ Y ruega a su sucesor que presente sus recuerdos “a Mr. Juárez, a quien considero el último de los Moctezumas”.

NOTAS

¹ Lyman Trumbull a Abraham Lincoln; Washington, 24 de diciembre de 1860; en *Lincoln Papers*, Selected by David C. MEARNS, New York, 1948, Vol. II, p. 353.

² L. Swett a Abraham Lincoln, Washington, 31 de diciembre de 1860, en *op. cit. supra*, Vol. II, p. 363.

³ A. Hubbad a Abraham Lincoln; Marion, Ala., 13 de noviembre de 1860, en *op. cit. supra*, Vol. I, p. 309.

⁴ Clement Wood, *A Complete History of the United States*; New York, 1941, Cap. XXII, p. 283.

⁵ Clement Wood, *loc. cit.*

⁶ Clement Wood, *op. cit.*, p. 291.

⁷ James D. RICHARDSON, *Messages and Papers of the Confederacy*, Nashville, 1906, Vol. I, p. 20.

⁸ Allan NAVINS y H. S. COMMAGER, *A Short History of the United States*, New York, 1945, Cap. XIII, p. 226.

⁹ NAVINS y COMMAGER, *op. cit.*, p. 228. Clement Wood, *op. cit.*, p. 299.

¹⁰ Clement Wood y NAVINS y COMMAGER, *op. cit.*

¹¹ H. Hunter a W. L. Yancey, P. A. Rost y a A. D. Mann; Despacho N° 7; Richmond, 29 de julio de 1861, en RICHARDSON, *op. cit.*, Vol. II, p. 49.

¹² J. D. RICHARDSON, *op. cit.*, Vol. I, p. 20.

¹³ J. D. RICHARDSON, *op. cit.*, Vol. II, pp. 4 ss.

¹⁴ Robert Toombs: Memorandum of Instructions for Mr. John T. Pickett, en RICHARDSON, *op. cit.*, Vol. II, p. 25.

¹⁵ *Ibid.*, *loc. cit.*

¹⁶ *Ibid.*, *loc. cit.*

¹⁷ John Forsyth a Jefferson Davis; Washington, 20 de marzo de 1861, en *Confederate States of America Papers*. Books Acc. 3081, Vol. XII, México, en División de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso; Washington, D. C. En lo sucesivo esta fuente se mencionará con la sigla C.S. of A.P.

¹⁸ Jefferson Davis al Presidente de la República de México; Montgomery, 17 de mayo de 1861. en: C.S. of A.P.

¹⁹ John T. Pickett a José María Mata; Veracruz, 12 de junio de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

²⁰ *Ibid.*, *loc. cit.*

²¹ *Ibid.*, *loc. cit.*

²² *Ibid.*, *loc. cit.*

²³ *Ibid.*, *loc. cit.*

²⁴ José María Mata a John T. Pickett; México, 19 de junio de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

25 A. H. FELLER, *The Mexican Claims Commissions*, Cap. I, p. 1. New York, 1935.

26 William H. Seward a Thomas Corwin; Washington, 6 de abril de 1861; en *Instructions to Mexico*, Vol. XVII; General Records of State Department; National Archives, Washington, D. C.

27 William H. Seward a Thomas Corwin: *op. cit.*, *loc. cit.*

28 Robert Toombs: Memorándum of Instructions for Mr. John T. Pickett; en RICHARDSON, *op. cit.*, Vol. II, p. 25.

29 John T. Pickett a José María Mata; Veracruz, 12 de junio de 1861, en C.S. of A.P., *loc. cit.*

30 Matías ROMERO, *Diario*, p. 387. Edición con prólogo y notas de Emma Cosío Villegas. México, El Colegio de México, 1960.

31 *Ibid.*, p. 378.

32 *Ibid.*, p. 401.

33 John T. Pickett a Robert Toombs: Despacho N° 2, Jalapa, 27 de julio de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

34 John T. Pickett a Robert Toombs; Despacho N° 3, México, 11 de julio de 1861, en C. S. of A., *loc. cit.*

35 Memorándum de la entrevista con el Ministro Manuel María de Zamacona. En John T. Pickett a Robert Toombs, Despacho N° 5, México, 3 de agosto de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

36 *Op. cit.*, *loc. cit.*

37 John T. Pickett a Manuel María de Zamacona; México, 3 de agosto de 1861. Anexo al Desp. N° 6, a Robert Toombs, México, 16 de agosto de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

38 *Op. cit.*, *loc. cit.*

39 Matías Romero: *Diario*, p. 412.

40 Manuel María Zamacona a John T. Pickett, México, 16 de agosto de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

41 John T. Pickett a Robert Toombs; Despacho N° 7, México, 25 de agosto de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

42 *Op. cit.*, *loc. cit.*

43 John T. Pickett a Manuel María de Zamacona, México, 26 de agosto de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

44 Niceto de ZAMACOIS: *Historia de México*, México-Barcelona, 1880. Tomo XV, p. 758. También Francisco de PAULA ARRAGOIZ, *México de 1808 a 1967*, Tomo II, p. 399; *México a través de los siglos*, México, 1956, Tomo V, p. 475.

45 Matías ROMERO: *Diario*, p. 423.

46 John T. PICKETT a Robert TOOMBS: Despacho N° 10, México, 28 de septiembre de 1861, en C. S. of A. P., *loc. cit.*

47 *Op. cit.*, *loc. cit.*

48 John T. PICKETT a Robert TOOMBS: Despacho N° 11, México, 12 de octubre de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

49 *Op. cit.*, *loc. cit.*

50 Jhon T. PICKETT a Robert TOOMBS: Despacho N^o 12, México, 29 de octubre de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

51 John T. PICKETT a Dubois de SALIGNY, México, 20 de noviembre de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

52 Dubois de SALIGNY a John T. PICKETT, México, 7 de noviembre de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

53 John T. PICKETT a Dubois de SALIGNY, México, 20 de noviembre de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

54 John T. PICKETT a Robert TOOMBS, Despacho N^o 13, San Cosme, D. F., 29 de noviembre de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

55 *Ibid.*, *loc. cit.*

56 *Ibid.*, *loc. cit.*

57 John T. PICKETT a Robert TOOMBS, Despacho N^o 10, México, 28 de septiembre de 1861, en *op. cit.*, *loc. cit.*

58 John T. PICKETT a Jefferson DAVIS, Veracruz, 22 de febrero de 1862, en *op. cit.*, *loc. cit.*

59 Los documentos relativos a las negociaciones entre el coronel James Reily y Luis Terrazas, gobernador de Chihuahua, se encuentran en "Official Records of the Union and Confederate Armies", en la Biblioteca del Congreso de Washington, D. C. En adelante mencionaremos esta fuente bajo la sigla O.R.U.C.A.

60 O.R.U.C.A., Vol. IV, pp. 167-168.

61 *Ibid.*, *loc. cit.*

62 *Ibid.*, *loc. cit.*

63 *Ibid.*, *loc. cit.*

64 *Ibid.*, *loc. cit.*

65 Anexo N^o 5 al informe de James REILY. Luis Terrazas a H. H. Sibley, Chihuahua, 11 de enero de 1862, en *op. cit.*, *loc. cit.*

66 James REILY a H. H. SIBLEY. In camp near Carisal, enero 20 de 1862, en *op. cit.*

67 James Reily a J. H. Reagan, Fort Bliss, 26 de enero de 1862, en O.R.U.C.A., Series I, Vol. L, p. 825, Washington, 1897.

68 James Reily a H. H. Sibley. In camp near Carisal, 20 de enero de 1862, en *op. cit.*, *loc. cit.*

69 James Reily a John Reagan, Fort Bliss, 26 de enero de 1862, en *op. cit.*, *loc. cit.*

70 James MORTON CALLAHAN: *The Diplomatic History of the Southern Confederacy*, Baltimore, 1901, p. 76.

71 *Ibid.*, *loc. cit.*

72 *Ibid.*, *loc. cit.*

73 H. P. Bee a S. S. Anderson, San Aantonio, Texas, 30 de noviembre de 1862, en O.R.U.C.A., Series I, Vol. XV, pp 881-882, Washington, 1886.

74 John T. Pickett a Jefferson Davis, Richmond, Va., 11 de enero de 1864, en C. S. of A. P., *loc. cit.*